

LA IGLESIA EN LA HISTORIA COLOMBIANA

LA Iglesia está comprometida con el privilegio", "La Jerarquía colombiana es una de las más atrasadas del mundo", "El Concilio no ha llegado a nuestro país", son algunas expresiones que configuran lugares comunes en Colombia. ¿Se aproximan a la realidad de los hechos? ¿Cuál ha sido la trayectoria y la ubicación de la Iglesia frente a la realidad social? ¿Ha participado política y socialmente?

En Latinoamérica, y también en Colombia, una mentalidad institucional y ritual ha presidido la conducción de la estructura eclesial. Una preocupación, obsesiva muchas veces, por mantener y consolidar el culto externo ha llevado a la Iglesia a ubicarse políticamente en función de esa prioridad. Una actitud defensiva y conservadora, en la creencia que la "verdad" estaba localizada *com y dentro* de la Iglesia. Por ello cuando la Verdad se expresa fuera del marco institucional, se recurre a la condena y la excomunión. Se olvida que la VERDAD se encuentra desparramada en todos los hombres y que debe ser reconocida dondequiera que ella se encuentre.

Muchas cosas han cambiado en los últimos tiempos. El Concilio ha marcado una etapa de significativa trascendencia. ¿Pero, en qué medida ha conmovido la estructura eclesial en Colombia? Porque puede resultar fácil adherir a una respuesta uni-

versal, cuando no existe una actitud de ~~re~~ pensar la cosa en función de una situación histórica determinada, en nuestro caso AMÉRICA LATINA.

"Yo creo que la Iglesia —dijo Camilo Torres— sigue la tradición de dar primacía al culto externo, que es lo que atrae más gente, especialmente la más primitiva, que es lo más fácil de implantar y también lo que trae mayores beneficios económicos al clero y a la Iglesia". Para comprender esta mentalidad institucional y ritual, que durante muchos años se ha mantenido inmovilizada, y que en la actualidad subsiste, aunque se expresa de otros modos, hay que tener presente el historial eclesial en nuestro continente. "La evangelización española —dice Camilo Torres— logró que los latinoamericanos adquiriéramos una serie de formas exteriores del cristianismo y algunos valores cristianos, pero no se llegó a implantar el cristianismo dentro de nuestra cultura espiritual. De allí que nuestro apostolado le haya puesto énfasis al culto externo, descuidando la adhesión por convicción al Evangelio y descuidando el amor al prójimo". (1).

Una de las consecuencias de esta política eclesiástica es la presencia de un catolicismo muy pobre en Colombia, que se manifiesta a través de una adhesión ritual, que la Iglesia ha intentado mantener por todos los medios. La presencia actual de

un catolicismo adulto y comprometido, minoritario por cierto, ha sido resultado de la toma de conciencia de sacerdotes y laicos que provienen de la base eclesial y en tránsito de radicalizarse frente a la realidad social.

De esta manera se han delineado dos modos de entender la realidad actual y la proyección de la Iglesia en la misma. Una primera concepción que hemos definido como **institucional**, en la que interesa mantener la Iglesia como institución jurídica, un criterio de autoridad inmovilizado (obispos que mandan, sacerdotes y laicos que obedecen) y un paternalismo social (desde una caridad falseada a una suerte de presencia social más auténtica, pero sin modificar la actitud original). Una segunda concepción, que podemos denominar **encarnacionista**, que entiende la Iglesia como un encuentro del Pueblo de Dios, sirviendo de puente para la unidad humana y luchando por la liberación del hombre de estructuras opresoras e injustas.

"Junto con la primera concepción —dice el sociólogo Oscar Maldonado Pérez— va unida la necesidad de mantener los privilegios que desde su llegada a estas tierras, tiene la Iglesia y que ha defendido con tanto celo a través de toda la historia del país. Esta Iglesia, así entendida, es la que necesita el Concordato, la protección de las autoridades, el respaldo de los grupos mayoritarios; ésta es la Iglesia que necesita más de los ricos que de los pobres". (2).

Dicho sociólogo y sacerdote sostiene que en la Iglesia colombiana prevalece esta concepción. Después de analizar los documentos episcopales conjuntos aparecidos desde 1908 a la fecha, concluye "que siempre se ha presentado la Iglesia, casi exclusivamente, desde el punto de vista institucional y jurídico... Si prevalece dentro de los cuadros directivos —dice más adelante— tal concepto, es inútil insistir en la no participación del clero en la lucha política. La posición jurídica privilegiada de la Iglesia no se defiende sino en los organismos legislativos. Para ir allá se requieren votos y los votos se obtienen en las elecciones y éstas son el combate de los partidos políticos o de sus facciones".

Podríamos afirmar que esta proyección de la estructura eclesial en la realidad social ha sido y es similar en su contenido a

la del resto de las naciones latinoamericanas. Tradicionalmente, cuando en nuestro continente la Iglesia - institución se ha opuesto a los distintos regímenes políticos, ha sido fundamentalmente por situaciones conflictivas planteadas en el marco religioso-institucional.

De esta manera ha buscado consolidar su conservación jurídica, lo cual explica que la Jerarquía eclesiástica latinoamericana —en muchos países— haya convivido en el pasado y coparticipe en el presente con los más diversos elencos políticos. La Iglesia se ha identificado —en los hechos, no importa sus declaraciones— con el "oficialismo" de turno, marginándose de las masas oprimidas y contribuyendo a "crear" un marco doctrinario, por el cual la Revolución Social ha sido cuestionada en su contenido y la participación de los cristianos prohibida so pena de excomunión. Además el control ejercido en la educación y la cultura "le ha suministrado un poderoso medio para frenar el cambio social".

La doctrina social de la Iglesia, por otra parte, ha sido difundida por la Jerarquía prescindiendo de la concreta situación colombiana. Por ello no ha vacilado en afirmar que "la estructura social debe permanecer intacta" y que es necesario evitar la subversión y la violencia. (¿y la subversión permanente del dinero? ¿Y la violencia organizada de las clases dominantes? ¿Y la presencia del colonialismo?). Además la defensa del derecho de propiedad, ha servido para defender y sostener el privilegio de un puñado de terratenientes y propietarios, y en muchos casos, para defender sus propios bienes económicos. Por algo Camilo Torres repitió en varias oportunidades que "la Iglesia está con los detentadores de los poderes económicos y políticos porque la Colombia es rica".

Y por esa razón es común que el pueblo identifique la religiosidad con la clase dirigente opresora. Pero esa vinculación tiene causas profundas y se relaciona con la concepción institucional. "La Iglesia está más cerca de quienes detentan los poderes económicos, políticos y sociales, porque ella misma es una sociedad perfecta y autónoma dentro del Estado, porque tiene sus privilegios, es fuente de honores, prestigios, consideraciones y su poder de influencia es amplísimo. Los eclesiásticos en Colombia —dice un sacerdote colombiano— sabe-

mos muy bien que podemos abrir tantas puertas (y algunas muy cerradas) distintas a las del sagrario". (3).

En Colombia prácticamente no han existido —por parte de la Jerarquía eclesiástica— planteamientos en lo social y en lo político, que hayan intentado superar el esquema institucional. La presencia social de la Iglesia ha sido mínima e influenciada por el paternalismo y la beneficiencia, en un afán de suscitar la adhesión popular, pero sin existir una actitud de servicio al hombre concreto en "su" situación histórica.

La Iglesia Colombiana ha buscado su propia conservación. Por esa razón ha sido la base de sustentación del conservadorismo en su momento, como hoy lo es del Frente Nacional. Nadie que conozca la historia colombiana puede desconocer este hecho y la influencia eclesial en la vida política parroquial.

La declaración producida por los arzobispos y obispos de Colombia (4) en víspera de las últimas elecciones presidenciales, confirma el papel de "intervención" en la política nacional que ha tenido la autoridad eclesiástica. En dicha elección votó aproximadamente el 30 por ciento de la población, con un 70 por ciento de abstenciones respaldadas por diversos grupos políticos y sociales, posición condenada por la Jerarquía sin que mediara un análisis previo de las condiciones sociopolíticas que la motivaron.

"Abstenerse de votar —decían los obispos— sin causa verdaderamente grave y proporcionada es una falta grave ante Dios y ante la sociedad, máxime cuando como consecuencia de aquella abstención pudieran llegar al desempeño de estos cargos, personas indignas cuya presencia constituye una amenaza para la religión o para el bien común".

En el párrafo siguiente la declaración evidencia un apoyo implícito al candidato presidencial del Frente de Transformación Nacional, Carlos Lleras Restrepo, enfrentado a José Garamillo Giraldo, quien presentaba su candidatura con el respaldo del ex presidente Rojas Pinilla. Prosigamos la lectura de la declaración:

"...sería más grave que la abstención, el depositar el sufragio por personas que profesan doctrinas materialistas y ateas condenadas por la Iglesia, tales como el comunismo. Igualmente sería reprochable y desde el punto de vista democrático inacep-

table, el dar el voto por quienes preconizan la violencia o amenazan con destruir el orden social". Ayer con el partido conservador, hoy con el Frente Nacional. Nombres distintos, pero representando los mismos intereses: los de una minoría privilegiada. (5)

2. LA DIVISIÓN DEL CLERO EN TRES PLANOS

Hoy en día, por la presión de los hechos sociales y el surgimiento de una nueva actitud, la situación tiende a modificarse en alguna medida en muchos países latinoamericanos y en la propia Colombia. De ahí la importancia del tema IGLESIA en relación al proceso revolucionario. Nos inquieta fundamentalmente en función de la situación económica, social y política de América Latina, más que en sus aspectos litúrgicos y pastorales.

Evidentemente, no sería realista decir que la mayoría del clero colombiano está ubicado en la derecha reaccionaria. Pero en qué medida esta nueva mentalidad formula un replanteamiento a fondo del cristianismo en la presente etapa histórica? ¿No existe el peligro de que, bajo nuevas formas conciliares, se escamotee el movimiento renovador iniciado con JUAN XXIII? Basta para explicar el fondo de la cuestión el dilema de pre o postconciliar?

Nuevamente recurrimos al sacerdote colombiano Oscar Maldonado Pérez, que no vacila en realizar un audaz análisis del clero colombiano, al que ubica en tres planos distintos. "Un sector —dice— cada vez más limitado, no quiere aceptar el Concilio Vaticano II. Una gran parte quiere que se ponga en práctica lo decidido en el aula conciliar. Y como los dirigentes de la Iglesia pertenecen al primer grupo, en el segundo se ha creado un malestar e inconformismo palpables. Por ahora el problema es aplicar las decisiones del Concilio Vaticano II, dado por sentado que en ellas está la solución para los males de nuestro pueblo. En el campo social se reta ahora a los Obispos retardatarios con la "Populorum Progressio" como si en esta encíclica estuviera contenida la fórmula para nuestros problemas sociales. Lo cierto es que tanto el Concilio como la Encíclica lo que intentan es acomodar a la Iglesia a situaciones y movimientos que han rodado ya desde hace años por el mundo. Con la encíclica no se

han respondido interrogantes que se plantearán a la Iglesia en un inmediato futuro... No ha resuelto la problemática real, tangible, la de las inmensas masas alejadas de una vida decorosa y, precisamente, a causa de los que, como en Colombia, son considerados como hijos fieles y sumisos de la Iglesia. Ahora los obispos recorren el continente latinoamericano repitiendo albozados una frase que consideran feliz y con la que creen satisfacer a los pueblos hambrientos: "El desarrollo es el nombre de la paz", cuando ya, aunque a media voz, se dice que la lucha armada es el camino hacia la paz. Cuando el murmullo de ahora sea grito clamoroso, ¿qué va a decir la Iglesia? Camilo ya lo dijo, y en este tercer plano, él está solo. Es único. Lo que entonces tal vez se diga por oportunismo o porque se haya operado una profunda conversión, será parte de lo dicho por Camilo. Con su vida, con sus enseñanzas y con su muerte pasó por encima del Concilio Vaticano II, fue más allá, o mejor, mucho más atrás y, con la misma esencia del cristianismo y la situación de miseria de la mayoría del pueblo colombiano, emplazó a la Iglesia de Colombia de la manera más solemne" (6).

Nos enfrentamos entonces a un primer grupo minoritario, conservador por tradición, inamovible en sus planteos y desvinculado de la encrucijada histórica. Este primer grupo se localiza en la generación de los viejos obispos y sacerdotes que, aunque minoritario, controla el aparato de mando de la Iglesia. Luego, un segundo grupo, cuantitativamente más numeroso que el anterior, con una mayor sensibilidad social y motivado por traducir las resoluciones conciliares. Muchos plantean su lucha por un cambio interno de la Iglesia, en modificar una mentalidad que consideran perimida, en reformas pastorales-litúrgicas y en que la Iglesia esté presente en el mundo. La encíclica "Populorum Progressio" intenta expresar indudablemente que "nada de lo humano nos es ajeno" y constituye un diagnóstico realista de la situación mundial y una denuncia valerosa de las injusticias sociales. Pero, ¿alcanza la repetición sensible de su texto en América Latina, para afrontar el desafío histórico de nuestro tiempo? ¿No existe la tentación de refugiarse en la "Populorum Progressio", evitando definirse sobre problemas que su texto no plantea?

En verdad la encíclica apunta a un mundo más humano y más justo, liberado de la opresión económica y política, pero en ella no se hace referencia al problema del acceso de las masas al poder económico, político y social. ¿O es que se piensa que los cambios pueden provenir de la clase dominante? ¿O que la relación actual de fuerzas entre países capitalistas y subdesarrollados se quebrará por la buena intención de los primeros? La profunda limitación de este grupo es reducir el Concilio a una transcripción literal de sus conclusiones.

El Grupo Inquietudes (integrado por laicos colombianos) señala el siguiente hecho. "En muchos católicos existe una actitud abierta cuando se trata de la Iglesia Mundial y actitud cerrada cuando se trata de la Iglesia Nacional. Es muy grande la tentación de ver en esta paradoja el reflejo de otra característica muy típica de una iglesia conservadora, característica que explica por qué en el Concilio se obtienen grandes mayorías para aprobar posiciones "avanzadas", sin que estas posiciones se pongan en práctica en la Iglesia Nacional". (7)

El último manifiesto de los "Obispos del Tercer Mundo" ubica el problema en una perspectiva de mayor contenido histórico y revolucionario. "La Iglesia —dice— saluda con orgullo y alegría una humanidad nueva donde el honor no pertenece al dinero acumulado entre las manos de unos pocos, sino a los trabajadores, obreros y campesinos" o que los pobres "saben por experiencia que deben contar con ellos mismos y con sus propias fuerzas antes que con la ayuda de los ricos [...] sería una ilusión esperar pasivamente una libre conversión de aquellos de quienes nuestro Padre Abraham nos previene «Que ellos no escucharán ni al que resucite de entre los muertos»". (8)

Pero este manifiesto no está firmado por ningún obispo colombiano. Y si bien existe una mentalidad más renovadora en gran parte del clero, ese sector se identifica con una suerte de "desarrollismo" y muchas veces limita su accionar a lo pastoral-litúrgico.

En el tercer plano está Camilo Torres. "Es único", dice Oscar Maldonado Pérez. "Con su vida, con sus enseñanzas y con su muerte pasó por encima del Concilio Vaticano II". ¿Cuáles fueron sus planteos?

¿Cuál es la lección de su VIDA? ¿Ha fracasado su lucha? ¿Ha creado una nueva etapa para la Iglesia y para Colombia?

3. PRESENCIA DE CAMILO TORRES

“...Abandoné el sacerdocio por las mismas razones por las cuales me comprometí en él. Descubrí el cristianismo como una vida centrada totalmente en el amor al prójimo”. Esta expresión de Camilo sintetiza su entrega y explica su concepción de la Iglesia en relación al mundo y la revolución como hecho social de nuestro siglo.

En Camilo Torres se coaligan determinadas circunstancias sociales y políticas, que proyectan su figura dentro y fuera de Colombia. Se dan en él varios hechos: ser sociólogo y cristiano, sacerdote y colombiano, un hombre que quiere ser consecuente y fiel a su conciencia y a la historia de su tiempo.

Hay en Camilo una apertura vital a la realidad social de su medio y en la medida que descubre el verdadero sentido de la problemática nacional y sus causas reales, la inserción del joven sacerdote es de un alcance cada vez mayor. Para Camilo la revolución se impone como proceso humano y como hecho social que compromete a todos, cristianos y no cristianos. “Es una lucha liberadora, no solamente permitida sino obligatoria —dice— para los cristianos”. Es que la esencia del cristianismo es el amor que los hombres se deben entre sí, el amor a los demás. “No se sirve al prójimo —manifiesta Camilo— regalándole zapatos viejos, ni dándole las migajas que les sobran a los ricos. Se sirve al prójimo con una reforma agraria fundamental, con educación gratuita, con la distribución racional de la riqueza, con igualdad de oportunidades para todos. Y como eso sólo se consigue tomando el poder, entonces, hay que hacer la revolución para tomarse el poder”.

Lógicamente, al intentar modificar la ubicación tradicional mantenida celosamente por la Jerarquía eclesiástica, al plantear Camilo Torres su lucha en función de las mayorías populares, al no vacilar en denunciar los privilegios de la Iglesia, se produce una situación conflictiva con las autoridades eclesiásticas.

Possiblemente la Plataforma de Unidad Popular, presentada por éste, marque el comienzo de su polémica con el cardenal Con-

cha Córdoba, polémica que representa fundamentalmente el choque de dos concepciones distintas de la misión histórica de la Iglesia. “Yo opté por el cristianismo —dice Camilo— por considerar que en él encontraba la forma más pura de servir a mi prójimo. Fui elegido por Cristo para ser sacerdote eternamente, motivado por el deseo de entregarme de tiempo completo al amor de mis semejantes. Como sociólogo, he querido que ese amor se vuelva eficaz, mediante la técnica y la ciencia; al analizar la sociedad colombiana me he dado cuenta de la necesidad de una revolución para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y realizar el bienestar de las mayorías de nuestro pueblo. Estimo —añade— que la lucha revolucionaria es una lucha cristiana y sacerdotal. Solamente por ella, en las circunstancias concretas de nuestra patria podemos realizar el amor que los hombres deben tener a sus próximos”. (9).

En el programa presentado en Medellín el 17 de marzo de 1965, Camilo Torres se propone acelerar la unificación de la clase mayortaria y popular frente a la clase dominante, minoritaria, unida para defender sus intereses. “Es indispensable —expresa— un cambio de la estructura del poder político para que las mayorías produzcan las decisiones”. Luego precisa los objetivos mínimos que permitan unificar la lucha de esos sectores para tomarse el poder. Reforma Agraria y Urbana, Planificación económica imperativa y política tributaria, nacionalizaciones de los sectores claves y relaciones internacionales con todos los países del mundo, seguridad social y salud pública, política familiar, fuerzas armadas y Derechos de la Mujer. El programa tiende a la instauración de estructuras socialistas, profundamente humanas y que el pueblo produzca las decisiones.

Camilo entonces es cuestionado por la Jerarquía, quien presiona por todos los medios para lograr su alejamiento de los medios populares y de la Universidad Nacional. Hasta se lo intenta ubicar en la Oficina de Investigación Pastoral de la Curia. “Cuando pensé en la posibilidad —dice— de trabajar en la Curia, haciendo una investigación, sentí la seguridad de que se me separaba del mundo y de los pobres para incluirme en un grupo cerrado de una organización perteneciente a los poderosos de la tierra” —dice— y con dolor agrega:

"sentí una profunda repugnancia de trabajar con la estructura clerical de nuestra Iglesia". (10).

Lógicamente se manifiesta en Camilo una profunda tensión entre el sacerdocio oficial y el sacerdocio real. No es solamente la falta de diálogo entre el obispo y el sacerdote lo que define esencialmente el enfrentamiento entre ambos. Cuando el cardenal Concha Córdoba se limita a condenar y rechazar las tesis de Camilo, está expresando una oposición real a sus planteos fundamentales. "El Cardenal Arzobispo de Bogotá —dice una declaración cardenalicia— se cree en la obligación de conciencia de decir a los católicos que el padre Camilo Torres se ha apartado conscientemente de las doctrinas y directivas de la Iglesia Católica".

Se suceden distintas alternativas y Camilo percibe con más claridad que nunca la ineeficacia de continuar en el seno de la estructura eclesial y que su permanencia le impide una entrega total a sus hermanos y a los pobres de Colombia, sin la cual el sacerdocio no tiene sentido. No vacila entonces en optar por la reducción al estado laical. "Creo —dice— que mi compromiso con mis semejantes de realizar eficazmente el precepto de amor al prójimo me impone este sacrificio. La suprema medida de las decisiones humanas debe ser la caridad, debe ser el amor sobrenatural. Correré con todos los riesgos que esta medida me exija." (11)

El gesto de Camilo de ninguna manera puede ubicarse en un plano de desobediencia formal o de polémica con su obispo. Ocurre que el joven sacerdote pretende —y de hecho lo hace— encarnar el Evangelio en la realidad social colombiana, pero aquí se interpone una Iglesia-institución, atrapada por una mentalidad legalista, un derecho canónico inmovilizado y un sentido de autoridad y de obediencia que frena la energía creadora y comprometida que sacude a muchos sacerdotes y laicos en la base de esa Iglesia.

Pero Camilo no es de los que se dejan ganar por el conformismo. Y se lanza valerosamente a la acción política primero, para ofrecer luego su vida en los montes colombianos empuñando, quizás por primera vez, la M-1... Mientras tanto, muchos otros lo dejaban librado a su propia suerte... El evangelio de Camilo (el de hace 20 siglos) resultaba demasiado exigente...

"Se trata de dos concepciones distintas de la situación actual de Colombia, de la proyección de la Iglesia sobre esa situación inclusive de la misma naturaleza de la Iglesia, de la naturaleza del trabajo del sacerdote, en una palabra, se trata de dos enfoques distintos de la lectura del Evangelio. Los obispos que lo leen a través de la situación de privilegio de que ellos y su clero han gozado en Colombia. Y Camilo que lo lee a través de la miseria de todos aquellos a quienes se creyó enviado a amar." (12)

4. REPERCUSIÓN DEL HECHO CAMILO

La presencia de Camilo Torres marca una etapa nueva en Colombia y alcanza repercusión en vastos sectores nacionales. En este trabajo interesa conocer las reacciones que origina en la Iglesia. Lo haremos ubicando el problema en los tres planos analizados anteriormente.

Sector preconciliar

Representado —entre otros— por el ex-arzobispo de Bogotá cardenal Concha Córdoba, quien reprende los procederes de Camilo Torres, "porque están opuestos a la doctrina de la Iglesia Católica". En una pastoral del 15 de agosto de 1965 manifiesta: "Los abogados de la revolución (por Camilo) preconizan el derrocamiento del gobierno existente y desde luego, puesto que parte de la base inadmisible de la revolución, lo hacen lógicamente. Tan cierto es esto que quienes se muestran partidarios de la revolución entre nosotros, como en todas partes, juzgan necesario comenzar por la "toma del poder". Pero atentar contra un gobierno legítimo es cosa reprobable por el mismo derecho natural y si a alguien le pareciera dudoso el mandato de la ley natural, la autoridad de la Sagrada Escritura promulgada por la Iglesia le mostrará, como los Sumos Pontífices lo han enseñado constantemente, que es ilícito cuanto signifique desobediencia, rebelión o derrocamiento del poder civil legítimamente constituido."

Así también el obispo de Zipaquirá, monseñor Buenaventura Jáuregui, expresó que "en las encíclicas promulgadas por los Pontífices romanos se consignan sabiamente las doctrinas sociales sin necesidad de revoluciones violentas, como irresponsablemente predica el ex sacerdote, que desa-

tarán una sangrienta lucha de clases"; y en los mismos términos se expresa una declaración suscripta por cinco obispos de la provincia eclesiástica de Medellín, el 2 de agosto de 1965. (13)

Sector Conciliar

En este sector se reconoce la autenticidad y la honestidad de Camilo. Coincidem tambien con el análisis de los problemas sociales existentes que el joven sacerdote difunde en sus **Mensajes** y en los editoriales de "Frente Unido".

Pero el problema se expresa en otro terreno. Y es cuando Camilo precisa el alcance de su tarea, que exige realizar una profunda revolución, y plantea la toma del poder por la clase popular, lo cual implica —en este caso para los miembros de la Iglesia— liberarse de "situaciones" privilegiadas, sin temor a enfrentarse con una jerarquía y una autoridad, que traiciona diariamente el mandato evangélico.

"Camilo se equivocó honestamente", dicen unos; "su error fue haber empuñado el fusil sin antes haber agotado los medios legales para hacer la revolución", afirman otros. "La Populorum Progressio" es citada permanentemente en este sector, como si expresara una solución para América Latina y el camino que debiera haber emprendido Camilo.

Pero pensar así significa que no se lo entendió. Es que de ninguna manera le interesa a él realizar reformas sociales, económicas y políticas para evitar la revolución. Posiblemente lo haya pensado en su comienzo. Pero en la medida en que asume la realidad, concluye que la única forma posible de poner fin a tanta injusticia y miseria, y de terminar con el orden existente, donde un grupo de hombres explota a una inmensa muchedumbre, es organizando al pueblo y preparando las condiciones para hacer la revolución.

El otro problema es la mentalidad legalista y de respeto a la "autoridad". "Las declaraciones del Padre Torres —dice el presbítero Mario Revollo, director de "El Catolicismo"— tienen dos aspectos: uno de fondo que merece estudio, pero no independientemente como lo está haciendo él; y otro inaceptable por la forma de hacer planteamientos públicos que riñen con los conductos regulares establecidos por la Iglesia. Un cristiano y menos un sacerdote

puede hablar de su madre, la Iglesia, en esa forma". Otra declaración —formulada por el padre César Jaramillo Velázquez— dice: "El padre Torres en algunas cosas puede tener razón, respecto de la Iglesia. En otras, puede tratarse de una opinión personal suya. No debe emitir esos conceptos sino bajo la dirección de la Iglesia. Si el cardenal ha dicho que no está conforme con esas opiniones, el padre C. Torres no debe desobedecer a la jerarquía". "Estoy identificado (señala el director de la revista *El Voto Nacional*, padre Efraim Gaitán Orjuela) con C. Torres en un 95 por ciento. El cinco por ciento restante en que no estoy de acuerdo sería en su enfrentamiento con la alta jerarquía... Estimo que si el padre Camilo continúa en esa actitud y no se reconcilia con el cardenal, los sacerdotes partidarios suyos, sintiéndolo mucho lo van a dejar solo en medio del ruedo". (14)

Sector postconciliar y revolucionario

En el tercer sector, debemos ubicar a los que acompañan a Camilo. Lamentablemente son muy pocos. Por algo Oscar Maldonado Pérez afirma que se encuentra solo. Pero tiene el gran mérito de crear una etapa imborrable, como profeta de su Iglesia y líder de su pueblo.

Camilo ha despertado la conciencia de muchos cristianos y constituye un símbolo que lo convierte en puente de unidad humana, de compromiso con la revolución y de lealtad con la clase popular.

Esta toma de conciencia se expresa hoy en sacerdotes jóvenes, en grupos universitarios y sindicales, que adoptan como suyas las tesis de Camilo. Pero más que citar declaraciones, lo que realmente tiene valor en este tercer plano, son los hechos que sean capaces de producir los cristianos de Colombia —junto a los no cristianos— para producir la revolución social. No existe otra alternativa.

5. HECHOS DE UNA IGLESIA EN EBULLICIÓN

Existen otros hechos que, sin alcanzar la dimensión de un Camilo Torres, permiten descubrir la "crisis" de la Iglesia colombiana y la existencia de líneas de fuerzas que operan internamente.

El caso del semanario "El Catolicismo"

El 9 de setiembre de 1966 el cardenal

Conche Córdoba disponía la suspensión del semanario por su orientación ideológica. "El Catolicismo", contaba con un largo histórico en Colombia y en ese entonces estaba dirigido por Mario Bravo y Hernán Jiménez Arango.

Dicho semanario se ubicaba en una línea renovadora en lo litúrgico y conciliar-desarrollista en lo social. Uno de sus editoriales que motiva la oposición de la jerarquía, se titula: "La Iglesia y el Desarrollo. Un compromiso urgido por el Concilio". "Será necesario acometer —expresa— una vasta reforma de instituciones, leyes y costumbres que tal vez en tiempos pasados fueron eficaces pero que ahora representan un obstáculo para que el progreso deje de ser privilegio de unos pocos y se convierta en patrimonio de todos."

El cardenal sostiene que el semanario causa desorientación y confusión ideológica en la masa católica, por lo cual ordena su suspensión. Esta situación moviliza a 119 sacerdotes —dice Gregorio Selser— quienes se dirigen públicamente al cardenal, quien les responde por la misma vía, expresando que "las prescripciones del Concilio no lo obligaban ni a él ni a la Iglesia colombiana a una acción inmediata en el campo social y si únicamente en el de la liturgia, lo que estaba cumpliendo en la práctica" (15).

■ caso de "Don Matías"

Hechos posteriores, ya de significativa importancia, son los sucesos acontecidos en la población de "Don Matías" ubicada en la diócesis de Santa Rosa de Osas. En el mes de enero de 1967, el padre Arias, párroco de Don Matías denuncia la existencia de una "camarilla eclesial" (integrada por monseñor Roberto Giraldo, vicario de la diócesis, monseñor Eleázar Yarce, canciller, y los curas Abigail Restrepo y Filadelfo Lopera) que trabaja en común con cuatro o cinco familias privilegiadas de la ciudad. "El problema religioso actual de Don Matías —dice el padre Arias— tiene muchos aspectos socio económicos. Cuando yo llegué a esta parroquia hace veintidós meses —agrega— encontré una situación verdaderamente anómala, o sea cuatro o cinco señores que dominaban la economía de la parroquia". (16)

El padre Arias no encuentra eco en monseñor Builes, titular de la diócesis, ni en la Curia; más aún, se lo desplaza de su parro-

quia y se designa al padre Santiago Echeverri para que lo reemplace. Pero no se registra igual indiferencia con la población, que le presta su apoyo al padre Arias, valorando la lucha de éste para romper con la camarilla que domina el pueblo.

6. PERSPECTIVAS FUTURAS

Hay que reconocer, en primer lugar, la existencia de un movimiento renovador, con marcada sensibilidad social en la Iglesia colombiana, pero este movimiento tiene muchas limitaciones, al no replantear audazmente la misión histórica de la Iglesia en relación a la actual coyuntura latinoamericana. Por otra parte, la existencia de una minoría eclesiástica que aún controla el aparato burocrático de la Iglesia y comprometida con el privilegio y la clase dominante.

En base a la situación real, es difícil ser optimista en relación a la Iglesia-institución. Camilo Torres enseña proféticamente cuál es el camino que deben transitar los cristianos. La Iglesia no cambiará hasta tanto el mundo no modifique sustancialmente sus estructuras y sus valores. El concilio ha eliminado muchas barreras que se oponían al cambio, pero otras —más sutiles y peligrosas— están surgiendo, precisamente para evitar ese cambio.

"Camilo nos dice que la Iglesia vive, nos compensa —manifiesta el padre Alejandro Mayol— la casi total ausencia de cambios en lo estructural en este período y nos señala que la gran iglesia nacerá cuando los hombres nos encontraremos en la socialización del mundo".

La Iglesia tendrá perspectivas futuras —en Colombia y América Latina— si acomete sin oportunismos ni vacilaciones, la lucha por la liberación del hombre y de nuestras naciones, dominadas por las grandes potencias imperialistas. Pero muchas cosas tienen que morir definitivamente, para que puedan nacer otras. "Los cristianos y sus pastores —dicen los obispos del Tercer Mundo— deben permanecer en el pueblo, sobre la tierra que es suya."

Los cristianos debemos sentirnos comprometidos a muerte en esta lucha revolucionaria, por la emancipación política, social y económica de América Latina, que también exige el concurso, sin claudiciones, de otros hombres —cuálquiera sea su extracción ideológica. Lo que realmente im-

porta es el compromiso de los que sepan entregar sus vidas por la liberación de los oprimidos. "HE VISTO LA MISERIA DE MI PUEBLO; HE ESCUCHADO EL Grito QUE LE ARRANCAN SUS EXPLOTADORES... Y HE RESUELTO LIBERARLO". (Exodo, 3-7).

1) CAMILO TORRES, texto recogido por el Grupo Inquietudes: "Laicos a la hora del Concilio", en el número especial: El caso de Camilo Torres" — Bogotá, julio de 1965.

2) OSCAR M. PEREZ: "A Propósito de Camilo Torres" publicado en "Reconstrucción" Boletín de ASA - CLASC - N° 24 - Medellín - Colombia, abril de 1966.

3) id. id.

4) Declaración de los arzobispos y obispos de Colombia "La Jerarquía Católica y la obligación de votar", febrero de 1966 — "El Tiempo", Bogotá.

5) Del autor, en "Camilo Torres, El Cura

Guerrillero" — ediciones Peña Lillo - Bs. As. 1967.

6) OSCAR M. PEREZ - Boletín de CIDOC Cuernavaca - México - Do. 67/48 - noviembre de 1967.

7) GRUPO INQUIETUDES - id., id.

8) MANIFIESTO DE OBISPOS DEL TERCER MUNDO - publicado en *Propósitos* noviembre de 1967 - Bs. As.

9) CAMILO TORRES - junio de 1965 - Camilo fundamenta su pedido de reducción al estado laical.

10) CAMILO TORRES, citado por Germán Guzmán, en su libro "Camilo, presencia y Destino".

11) CAMILO TORRES, id., id.

12) OSCAR M. PEREZ, id., id.

13) Declaraciones citadas por Germán Guzmán, en su libro "Camilo, presencia y Destino".

14) id., id.

15) GREGORIO SELSER — "Conflicto en la iglesia de Colombia" - *Política Internacional* N° 81 - noviembre de 1966, Buenos Aires.

16) Diario "El Espectador" - 10 de enero de 1967, Bogotá.